

## Decreto

En vista de la anterior censura concedemos con la mayor complacencia nuestra autorización y licencia para que puedan ser impresas y publicadas las referidas cartas por cuanto su lectura ha de ser de gran provecho espiritual para los fieles.

Así lo decretó y firmó el Excmo. y Rmo. Arzobispo, mi Sr.; de que certifico.—M.—*El Arzobispo de Sevilla.*  
—*Dr. Manuel Jimenez*, Canónigo Secretario.



## INTRODUCCION

FR. DIEGO DE CÁDIZ

Cuando tocaba á su término el siglo décimo octavo, un varón santo, un verdadero apóstol, poderoso en obras y palabras, llenaba los ámbitos de España con la fama de su nombre, y era la admiración y el asombro de los pueblos. Descendiente de familia nobilísima, vió la primera luz en Cádiz el último día de Marzo de 1743 y allí se meció su cuna arrullada por las olas y por las brisas del Atlántico.

Una fuerza atractiva como la del imán y poderosa como voz de Dios lo arrastró, siendo muy joven, hácia el Convento de PP. Capuchinos de Sevilla, morada de célebres misioneros, de santos penitentes y de varones tan ilustres por su sabiduría como por su virtud; y entre ellos brillaba á los diez y seis años de su edad y era la admiración de aquellos beneméritos ancianos que al verle profesar la austerísima vida del Capuchino, (el 31 de Marzo de 1759) decían de él, como los Israelitas del Bautista: ¿En qué vendrá á parar este ni-

ño? porque la mano de Dios está con él, favoreciéndole.

Encerrado después en la soledad del claustro y dedicado al estudio y á la oración, vive oculto á los ojos del mundo, hasta que á los 23 años de edad aparece ante él para ser ordenado de Sacerdote en Carmona á 13 de Junio de 1766.

Destinado á nuestro Convento de Ubrique pasa en él otros siete años dedicado al estudio, á la penitencia y á la oración, y allí siente venir sobre sí el Espíritu de Dios que le dá el fuego de los profetas, la sabiduría y el celo de los Apóstoles, el heroísmo de los Mártires, y lleno del Espíritu divino recorre predicando y haciendo prodigios, las Andalucías, Murcia, Valencia, Cataluña, Aragón, ambas Castillas, León, Galicia, España toda entera; y en todas partes es oído como un oráculo, como un enviado de Dios que prueba su misión con multitud de milagros.

Aquí le ven curando enfermos por medios sobrenaturales; allá detiene á las nubes para que no lluevan sobre el auditorio que oye la palabra divina, dejándolas regar con la abundante lluvia todo el terreno que no ocupan sus oyentes; acullá ven sobre su cabeza, cuando predica, una paloma misteriosa que le cubre con sus alas; más allá ven que de sus ojos y de su boca salen llamas de fuego que ponen espanto en los corazones endurecidos; y en todas partes le aclaman por santo, al ver su vida portentosa y su muerte envidiable acaecida en Ronda al cumplir 58 años de edad el 24 de Marzo de 1801.

Este varón insigne se llamó Fr. Diego de Cádiz, el Apóstol de su siglo, el hombre de palabra más ardiente y persuasiva que vió jamás España, pues

arrastraba tras de sí las muchedumbres, y dejaba despobladas y desiertas las ciudades donde predicaba, según eran grandes las turbas que le seguían al salir de ellas. La memoria del Apóstol gaditano se conservó siempre intacta en los pueblos de la Península, á pesar de las revoluciones y vicisitudes del siglo diez y nueve; y tanto en vida como después de su muerte, España entera lo estuvo aclamando por santo hasta que por fin la Iglesia nuestra madre, después de maduro examen, confirmó aquella aclamación de los pueblos, poniéndolo en sus altares el 22 de Abril de 1894.

La España católica celebró con grande entusiasmo la Beatificación de su Apóstol; pero en Andalucía ese entusiasmo rayó en delirio, y Cádiz, donde nació á la vida mortal; Sevilla, donde empezó la carrera de su vida religiosa; y Ronda, donde trocó esta vida por la celestial y eterna, fueron testigos de inusitadas y brillantísimas fiestas en honor del ilustre Capuchino. Los poetas cantaron sus glorias, los historiadores narraron sus hechos portentosos, y los oradores se hicieron lenguas, publicando sus virtudes; pero nadie se acordó del maestro que se las enseñó, nadie nos habló del guía experto que condujo á Fr. Diego hasta la cumbre de la santidad. Fijos todos los ojos en la gigantesca figura del héroe, nadie atendió á la robusta columna que la sostenía; todas las alabanzas fueron para él, ninguna para el pedestal que le encumbraba, y sin el cual la estatua no aparecería tan alta, ni digna de tanto honor. El pedestal á que aludo en esta alegoría no es otro que el Director espiritual del Beato Diego, el V. P. Maestro Fray Francisco Javier González, cuya vida y cuyos méritos pretendemos dar á conocer en esta introducción.

II

EL P. GONZALEZ.

No es extraño que en las seis vidas que se han escrito de nuestro Beato Diego de Cádiz, se haya hecho escasa ó ninguna mención de aquel Director sapientísimo, porque los primeros historiadores de nuestro gran Misionero, (Alcover, P. Hardales y Luis Antonio de Sevilla) atendieron, como era su deber, á ensalzar á su héroe, escribiendo su vida propia y no la de otro alguno, y aunque conocieron y tuvieron delante las magníficas cartas del P. González, se contentaron con mencionarlas, sin hacer uso de ellas, porque no convenía á su propósito. Los últimos historiadores de nuestro Beato Diego no conocían este precioso epistolario, que durante la vandálica excomunión de los regulares, fué guardado como oro en paño por los PP. excomulgados de nuestra Provincia Bética, trasmitiéndose de unos á otros como riquísimo tesoro, hasta que afortunadamente vino otra vez á formar parte del archivo de esta Provincia Capuchina.

Si nuestro Rvmo. P. Calasanz de Llevaneras, (hoy Cardenal de la S. R. I.,) hubiera conocido estas cartas, cuando escribió la «*Vida documentada del Beato Diego*», hubiera hecho sin duda una vida completísima y sin igual: pero no habían llegado aún á nuestras manos, y bastante hizo él con adivinar (sin conocerlas) la parte interesantísima que el P. González, tuvo en la formación del Apóstol gaditano, y con hablar de él tan extensamente y

con tanto aprecio como este Director merecía, lo cual no hicieron así los demás historiadores del Beato. Desde que descubrimos este precioso hallazgo que lleva en sí mismo el sello de la autenticidad, y leímos admirados las magistrales cartas del P. González, adquirimos la convicción de que le debíamos un santo, de que sin él el Apóstol de Andalucía tal vez sería una estatua sin pedestal, un árbol sin fruto ó una flor sin aroma; y entonces concebimos la idea de pagarle esa deuda, sacando á luz sus cartas, juntamente con las de su dirigido, para que por ellas admire el mundo la santidad y sabiduría del maestro, unida á la de su discípulo.

Por fortuna no carecemos en España de obras magistrales semejantes á esta. Ahí está el epistolario del bienaventurado Juan de Avila, obra de profunda doctrina y agradabilísima lectura. Ahí están las cartas de Santa Teresa de Jesús, anotadas por el V. Palafox, que parecen más nuevas cuanto más se leen. Ahí están las de san Juan de la Cruz, proclamándole á voz en grito doctor místico y extático; ahí están otros epistolarios y cartas que sería largo enumerar; pero nos atrevemos á decir que las del V. P. González no son inferiores á ningunas, y sí superiores á muchas, porque su epistolario es real, va dirigido á un solo individuo, y siempre con el mismo fin, el cual consigue, haciendo de su dirigido un santo y un apóstol, admiración de su siglo; mientras que los demás epistolarios, ó son puramente didácticos, ó van dirigidos á muchas personas, y con fines muy diversos, lo cual, bien se ve las ventajas que da al escritor para utilizar y lucir los talentos que de Dios haya recibido.

Sin menoscabar, pues, en lo más mínimo, el

mérito, de las cartas antes citadas, creemos que las presentes ocuparán un lugar digno entre ellas; y que en esta mútua correspondencia de dos grandes almas hallarán mucho que aprender los directores y los dirigidos, los confesores y confesados, los Padres espirituales y los hijos también, las comunidades religiosas y todos los que traten de virtud y perfección, porque en ellas se ve puesta en práctica la ciencia de dirigir almas, esa ciencia sublime que S. Gregorio Magno llamó enfáticamente arte de las artes y ciencia de las ciencias. Esta ciencia ó este dón de la dirección de las almas lo poseyó en grado eminente este venerable maestro, cuya vida vamos á narrar brevemente hasta enlazarla con la de nuestro Santo, para seguir después con la correspondencia de los dos.

### III

#### SUS PRIMEROS AÑOS

El P. Francisco Javier González, á quien sin reparo nos atrevemos á llamar siervo de Dios, nació el día 3 de Diciembre de 1712 en Sevilla, calle de la Campana, parroquia de S. Miguel Arcángel, en la cual fué bautizado el 12 del mismo mes, según consta en el libro séptimo de bautismos de dicha parroquia, al folio ciento cincuenta y cinco vuelto, en el cual se halla la partida siguiente:

*En doce de Diciembre de mil setecientos y doce años: Yo D. Alonso Morgelo teniente de Cura propio y Beneficiado de esta Iglesia Parroquial del Señor*

*San Miguel de Sevilla, Baplicé á Francisco Javier Antonio, hijo de Juan Antonio Gonzalez, natural de Riotinto, Arzobispado del Puerto (léase Oporto) en Portugal, y de D.<sup>a</sup> Ana de Cabrera, natural del arajal, (léase Arahál) su mujer. Fué su padrino Juan Antonio de Zurita, vecino de la collacion de San Isidoro, á quien advertí el parentesco espiritual y obligacion de enseñar la doctrina cristiana á su ahijado que nació el día tres de dicho mes: y lo firmé fecha ut supra.—D. Alonso Morgelo.*

Según los datos que hemos adquirido para escribir esta biografía, resulta que los progenitores del P. Javier eran personas acomodadas y de buena fortuna, temerosos de Dios, católicos prácticos, y tan virtuosos, que el ejemplo de su santa vida movió á sus dos hijos, Nicolás y Francisco, á consagrarse á Dios, uno en el estado eclesiástico y otro en el religioso. El primero fué Beneficiado de la parroquia de S. Miguel y Capellán de las MM. Capuchinas hasta su muerte; y el segundo, que fué nuestro héroe, brilló entre los Mínimos por su sabiduría y su virtud. Pocas noticias tenemos de su infancia, y de entre esas pocas solo podemos asegurar con certeza que fué educado en el temor de Dios, y que siendo muy joven tomó el hábito de religioso, profesando la estrecha regla de S. Francisco de Paula.

Dedicado á los estudios, manifestó un talento extraordinario para las letras, y una índole muy á propósito para el ejercicio de las virtudes; y aprovechando uno y otra fué un varón no menos sabio que ejemplar. Siguió la carrera de la cátedra hasta su jubilación en la religión, pero su profunda humildad le hizo mirar con aversión las prelacías y

dignidades; y á no haber intervenido la autoridad de los Superiores, y la del Emmo. Sr. Cardenal Solís, Arzobispo de esta Ciudad, ni se hubiera graduado de Doctor en Sagrada Teología, ni hubiera hecho oposición á la cátedra de Prima de dicha facultad en la Universidad hispalense. Le fueron conferidos los grados el 30 de Abril de 1750, y en 10 de Junio de 1759 le dieron colación canónica de la cátedra ganada por oposición, según consta en el archivo de dicha Universidad.

#### IV

##### SU CIENCIA

Colocado en su cátedra, como luz puesta en el candelero, brilló con el resplandor de su doctrina y de su piedad en muchos y acreditados discípulos. Su aventajada ciencia le dió decoroso lugar entre los examinadores sinodales del Arzobispado de Sevilla, y no menos distinguido entre los socios teólogos de la real sociedad de medicina de Sevilla, la cual lo nombró su consultor y revisor. En todas partes era oído como oráculo, y de su voto se fiaba la decisión de los puntos más árdus.

De su profundo saber, y de la alta reputación que había alcanzado por sus letras, podemos juzgar por lo que dijo de él en su oración fúnebre el B. Diego, cuyas palabras son estas: «La Santa Iglesia ha perdido un fidelísimo ministro que con su vasta erudición y fervoroso espíritu sostenía

incontrastable los fueros de su inmunidad: esta ilustre, real y pontificia Universidad se mira ya sin la luz de la enseñanza con que éste su principal maestro la ilustraba... Todos le estimábais por hombre verdaderamente erudito, le mirábais como un oráculo de sabiduría, y le juzgábais por *el primer papel del pueblo* en esta parte.» Tales palabras dichas en el púlpito por un Santo, y dirigidas al claustro universitario, que formaba parte del escogidísimo auditorio que asistió á las honras fúnebres del P. González, nos dan la medida de la alta estima en que por su ciencia era de todos tenido.

El mismo panegirista nos dice, hablando de sus facultades intelectuales, que estaba dotado de un entendimiento perspicacísimo y angélico, con que penetraba todo el fondo de las dificultades, y le era manifiesto el sentido de las materias que trataba; que su memoria era tenacísima para retener las especies, de modo que parece no olvidaba jamás lo que una vez aprendía; su comprensión era vastísima, pronta y monstruosa; y de todo nos dió pruebas las más claras por repetidísimas ocasiones, ya en los actos literarios de cátedra y conclusiones, defendiendo ó arguyendo; ya en las particulares consultas; y ya en muchos lances repentinos, respondiendo y hablando con tanta oportunidad, abundancia y menudencia, como si acabase de leer aquel asunto.

V

SUS VIRTUDES

Con su ciencia corrían parejas sus virtudes, y tal vez éstas superaban y excedían á la otra. Su fé era esa fé viva que traslada los montes, según frase del Evangelio: su esperanza firme, como la de Abraham: su amor de Dios, como el que arde en el pecho de los santos. Su caridad para con el prójimo, como la de San Pablo, que se hacía todo para todos, á fin de ganarlos á todos para Jesucristo: su humildad fué tan profunda que ocultó hasta su muerte un Breve del Papa Pío VI en que le nombraba Vicario General de su orden *ad honorem*: su oración tan asídua, como la de los solitarios del yermo: su penitencia tan austera como la de los varones más mortificados: su santidad en fin fué tal que Dios la condecoró con el dón de hacer prodigios, como testifica el mismo B. Diego, y con el dón de profecías y discreción de espíritu, como verá el que atentamente lea esta correspondencia de director y dirigido.

VI

SU PREDICACIÓN

Fué además un predicador celeberrimo, y tal, que muchos lo tienen por el reformador del púlpito en Andalucía, donde andaba la elocuencia sa-

grada por aquel tiempo tan decaída y mal parada como en el resto de España; y por cierto que los sermones impresos que de él se conservan lo hacen creer así.

Tuvo para el púlpito y para la predicación cualidades excepcionales, por haber sido un hombre venerado por su virtud, admirado por su ciencia, y estimado por sus recomendables prendas; religioso humilde sin ficción, sabio sin arrogancia, penitente sin afectación, modesto sin artificio, caritativo sin engaño, manso sin adulación, celoso sin envidia; y por esto era amado de Dios, estimado de los suyos, querido de los extraños, apetecido de los pueblos y favorecido del cielo. En una palabra, fué el P. González por su predicación, oráculo de los doctos, guía de los virtuosos, y apóstol siempre dispuesto á trabajar en beneficio y utilidad de cuantos le buscaban.

VII

SU DIRECCIÓN

La nota característica del P. González fué la dirección de las almas, la penetración y acierto que tuvo en dirigirlas, ciencia que pocos alcanzan ó á pocos se concede, por más que muchos la deseamos y pretendemos; y él la alcanzó con tanta perfección, ó se la dió el Señor tan cumplidamente, como verá el que leyere hasta el fin esta obra.

Para muchas personas, confesar y dirigir almas es una misma cosa; y sin embargo existe una

diferencia inmensa entre director y confesor, como entre la misión de uno y otro. El primero oye la confesión del penitente, le absuelve de sus culpas, y le da consejos para que no vuelva á caer, ó para que adelante en la virtud, y esta es su verdadera misión; pero la del segundo es más alta, y necesita más luz del cielo para cumplirla bien; porque debe conocer el destino del alma que dirige, los fines para que Dios la tiene en el mundo, y hacérselos cumplir con magnanimidad y fortaleza según lo exijan las circunstancias.

Alguien ha dicho que los grandes directores de almas salen del corazón de Dios, lo mismo que los grandes Obispos y los grandes Doctores de la Iglesia. Cuando Dios ve á una parte de su Iglesia amenazada por el error, que se extiende por ella, como la niebla por el campo; cuando ve aquella porción de la grey cristiana que anda semierrante como oveja sin pastor; Dios mira compasivo la aflicción de su rebaño, y de esa mirada compasiva nace un Pastor celoso, un Obispo santo, dispuesto á dar la vida por su grey, ó un Doctor sublime que con la luz de su vida y su doctrina disipe los errores.

Pues del mismo modo cuando un alma está llamada á una vida extraordinaria, ya sea oculta y solo de Dios conocida, ya pública y ruidosa en el mundo; cuando esta alma al principio de su carrera ó de su misión, se ve contrariada ó perseguida, hasta caer en el desaliento; si en medio de esa desanimación y desconsuelo llora y gime por no saber lo que hacer, ni como llevar adelante lo que el cielo le inspira y su corazón siente; entonces su llanto y su gemido penetra en el Corazón de Jesús, que se estremece de gozo; y de ese estre-

mecimiento del Corazón divino nace un director para aquel alma.

¿Quién se atreverá á decir que no nació de este modo la dirección del P. González para Fr. Diego de Cádiz? Anonadado éste bajo el peso de la misión que Dios le confió en visiones portentosas; desconfiado de sí mismo y espantado de los enemigos formidables con que tenía que luchar; descorazonado y abatido por los riesgos y tropiezos que descubre en su camino; atemorizado por las amarguras que le rodean y las persecuciones que ve en lontananza; gime y llora á los piés de Jesucristo crucificado, pidiéndole auxilio y fortaleza: ¿quién se atreverá á decir que sus gemidos no movieron al Corazón de Jesús y le obligaron á darle este Director, este guía y este Padre espiritual, que lo animara y fortaleciera? ¿Quién se atreverá á sostener que nuestro Apóstol no eligió al P. González por inspiración divina?

## VIII

### UN REPARO

Mas aquí debemos responder á este reparo que pudieran hacer los menos avisados: ¿No había en la Orden Capuchina hombres sabios y santos, cuando vivía el B. Diego de Cádiz? ¿Pues entonces por qué se fué á elegir un director fuera de ella? Afortunadamente en los tiempos de Fr. Diego de Cádiz había en la Provincia Capuchina de Andalucía 250 Misioneros de tanta virtud, tanto saber y tan relevantes prendas, que eran dignos compañe-

ros y aún dignos maestros del joven misionero. Basta nombrar entre otros muchos al V. P. Miguel de Benaocáz, su maestro en el Apostolado; á sus compañeros Fr. Jerónimo de Cabra y Fr. Domingo de Benaocáz que murió Obispo de Ceuta; al P. Rafael de Vélez, que es una gloria nacional; al V. P. Verita y á su maestro de novicios que fué el primer Director espiritual del B. Diego de Cádiz.

Pues entonces ¿por qué eligió después para director á un P. Mínimo? A esta pregunta podemos contestar con las palabras de Cristo; porque *spiritus ubi vult spirat, sed nescis unde veniat aut quo vadat.* (Joan. 3.) Porque así se lo inspiró Dios en sus inescrutables designios, sin que por ello resulte mengua alguna para la ínclita Orden Capuchina, madre de sabios y santos directores. ¿Acaso fué mengua para el colegio apostólico que Cristo no enviase á Saulo para ser instruído en su misión á ninguno de los Apóstoles, y sí al discípulo Ananías? ¿Es mengua acaso para la Orden Carmelitana que Santa Teresa de Jesús hubiera seguido la dirección de un franciscano, un jesuita y un dominico, cuales fueron San Pedro Alcántara, San Francisco de Borja y el P. Ibáñez. Pensar así, es discurrir disparatadamente, y pesar las cosas de Dios no con la balanza del santuario, sino con el falso peso de las máximas mundanas; y las obras del amor divino jamás podrán ser medidas por el egoísmo humano.

Conste, pues, que sin mengua ninguna para la Orden escogió el B. Diego director fuera de ella por inspiración de Dios, como lo prueban las tradiciones de esta Provincia, la conformidad y asentimiento de sus Prelados ó Superiores, y sobre todo la correspondencia entre director y dirigido, y la unión de aquellas dos almas enlazadas por el

fuerte vínculo del amor divino y llenas igualmente del espíritu de Dios. Este lo dispuso como fué su beneplácito, y á nosotros nos toca adorar siempre los profundos juicios del Altísimo.

## IX

### CUALIDADES DEL BUEN DIRECTOR

Es dicho común tomado de santa Teresa, que el director espiritual debe ser sabio, devoto, prudente y experimentado: esto es mucha verdad, pero no es toda la verdad; se necesita además para ser buen director, el discernimiento de espíritu, es decir, una mirada profunda que penetre al alma dirigida; cierta intuición divina de los caminos de Dios y de sus designios particulares sobre las almas; todo lo cual poseía el P. González en alto grado. Instruído en los secretos de la vida interior, versado en los estudios de nuestros incomparables místicos, experimentado en los caminos de la vida espiritual y elevado á los más altos grados de oración, veía con luz prodigiosa el seno más recóndito de las almas, adivinaba sus caminos, y sabía aprovechar la ocasión para dirigir las por ellos.

Saber esperar la hora de Dios y aprovechar la coyuntura de la gracia divina es otro de los dones concedidos á los buenos directores; los que no saben esperar la hora de la gracia, los que se adelantán á ésta, y sin ella empujan á las almas, ó van delante de ellas como arrastrándolas; estos no saben dirigir, sino fatigar y cansar á sus dirigidos.